

un ultraje! Pero ¿podía decirse así al esposo? Su orgullo y su amor rompieron los últimos diques y el torrente de su cólera se desbordó de golpe.

—¡Sí, es una ofensa! ¿Por qué me habla usted de Clara? Clara que le ama, que lleva su nombre, que le ha cuidado, que le ha salvado, mientras que yo ¡qué miserable soy, que no soy rada, que nada puedo! Le ha cuidado ella y en cambio fui yo quien puso en peligro la vida de usted; ¡y aun me habla de ella! ¿No sabe usted que quisiera olvidar su existencia, y en mi caridad cristiana, todo lo que puedo hacer es no desear su muerte?

Se había puesto en pie. Pablo, espantado de su vehemencia, también se levantó; frente a frente se miraron un momento. Ya no era la ternura lo que animaba sus semblantes, era una cólera terrible. Pablo se sentía insultado en sus sentimientos de esposo, ya no le era posible detenerse en la pendiente, Camila siguió diciendo con los ojos inflamados de perversa cólera:

—¡Sí, Clara es mi enemiga! En otra época ella impidió que usted se fijase en mi amor; sin ella, yo hubiese sido la preferida. ¡Dios sabe que he hecho todo lo posible porque no nos volviésemos á ver! Es ella la que me ha traído á esta casa; ella es quien os posee, quien goza de vuestro amor, en tanto que á mí en esta casa se me hace la limosna de alguna palabra cariñosa, como se arroja un hueso á un perro vagabundo! No me hable de ella; yo, yo, que le adoro desde hace tantos años; yo que no he recibido de usted más que penas ¿no tengo derecho á alguna bondad por su parte? Dígame una palabra de amistad y no me quejaré de mis heridas

—Señorita—repuso Pablo con gravedad,—sus senti-

mientos ofenden á mi esposa, y el matrimonio nos hace solidarios el uno del otro.

Camila retrocedió dejándose caer sobre una silla. Dos lágrimas gruesas rodaron por sus pálidas mejillas, y unió las manos en ademán suplicante, pero sin decir una palabra. Pablo no se atrevió á mirarla temiendo ser demasiado brutal; y sin embargo comprendía que le era preciso terminar con aquella situación intolerable.

—Usted no hubiera debido inducirme á pronunciar esa palabra—repuso con más dulzura—pero desde el momento que mi esposa no es amiga de usted...

—¿Mi puesto no es aquí?—replicó la joven sintiéndose herida en su orgullo y secando de repente sus lágrimas de fuego.—¡Caballero, es usted muy cruel; semejantes cosas se insinúan; pero nunca se dicen en la cara.

Pablo se inclinó en actitud de sentimiento y de indiferencia, pero con una frialdad que no dejó á Camila alimentar esperanzas.

—¿Qué pensará su esposa si no me ve más por aquí?—repuso la joven.—¡Yo no figuro entre las que son felices en este mundo! ¡No puedo emprender ningún viaje de placer cuando las circunstancias lo exijan! ¡Es preciso que ponga buena cara á los sucesos! Señor Brécart, si usted cree que nunca debo volver á poner los pies en esta casa, dígaselo á su esposa. Cuando ella me diga que no vuelva me inclinaré ante su decisión. Hasta entonces no quiero causar á mis tíos el dolor de que sepan que he sufrido un ultraje semejante! ¡No quiero exponerme á las murmuraciones de la sociedad! ¡Aun tengo algún honor que conservar!

—Señorita, nada diré á Clara—repuso Pablo después de un instante de silencio durante el cual Camila temblaba, teniendo los ojos fijos en él como si le desafiase. —No quiero apesadumbrar á mi esposa... Usted ha dictado mi conducta, y desde hoy en adelante, yo sabré evitar su presencia.

—¿Es que usted me odia?—preguntó Camila humilde y pronta á prorrumpir en llanto.—¿Cómo he podido yo merecer su odio?

—Yo no la odio—repuso Pablo atreviéndose á mirarla á la cara.—No tengo para usted más que buenos sentimientos, y debo añadir que en este momento siento la más afectuosa...

—¿Comasión?—preguntó Camila viéndole buscar una palabra.

—No diría compasión, esta palabra tiene algo de ofensiva, y está muy lejos de mi la idea de ofenderla; pero estoy lleno de pesar por el dolor que le causa á usted el momentáneo olvido de mis deberes... y de los suyos.

Camila se estremeció al sentirse otra vez herida en su orgullo por esta nueva lección, pero la tranquila y firme mirada de Brécart parecía censurarle su ficticia humildad, resultado de su falso modo de ser.

—Caballero; cualquiera que sea el nombre que quiera usted darle, acepto su compasión... ¡Pablo!—añadió anegada en llanto—déjeme usted alguna vez oír su voz, adivinar que me ama un poco, que soy algo para usted, que algunas veces piensa usted en mí como en una amiga. ¡No pido más que esto! ¡es tan poco!

—¡Ayer aun era posible, hoy no!—repuso Brécart volviendo la cara.

Durante un momento la joven permaneció silenciosa; después se dirigió hacia la puerta, andando con lentitud. Al llegar á ella se volvió, diciendo con sumisa entonación:

—Volveré aquí, pero cuando no esté usted; la única gracia que le pido, es que de vez en cuando me deje respirar el aire que usted ha respirado... Será Clara quien me dé noticias suyas, y mis raras visitas no serán largas, se lo juro.

Desapareció, se cerró la puerta y Pablo se encontró solo.

Durante un momento permaneció inmóvil, reanudando el hilo de sus ideas, tratando de formar un juicio definido sobre aquella situación imposible. Hacia cualquiera parte que dirigiese sus miradas hallaba algo incomprendible y extraño. Un campanillazo le anunció el regreso de su esposa y esto le hizo recuperar la calma.

—Es necesario que Clara sea feliz—se dijo;—no merece ver su felicidad empañada por una nube; el alma de Clara es límpida como su nombre; ninguna sospecha debe turbar su tranquilidad.

Entró su esposa, con el alegre semblante animado por el paseo y la frescura del hermoso día de otoño, respirando alegría y confianza. Se acercó á su esposo presentándole su serena frente.

—¿Te encuentras ahora bien?—le preguntó poniéndole una mano sobre el hombro.—¿Has sido prudente? ¿Estás ya preparado para un asunto de importancia? ¡Sil! ¿No es verdad? Pues bien, he encontrado al doctor, quien me ha reprendido por no dejarte salir á tomar el

aire, me he traído un coche y nos iremos al bosque de Bolonia. Pero sin que te pongas serio.

Daba vueltas por la habitación, escogiendo un pañuelo de seda, asegurándose de que el paletto le abrigaría bastante... En uno de sus paseos Pablo la detuvo cogiéndola por la mano.

—Clara—le dijo con voz grave y tierna—tú eres mi orgullo, mi alegría; tu amor es lo que más quiero en esta vida. Sé lo que tú vales, y te doy las gracias por tu proceder y por amar á un ídolo como yo, que tiene los pies de arcilla.

—¡Tú eres del oro más puro que se conoce!—repuso Clara con orgullo y ternura.—¡Aun no te amo tanto como mereces!

Pablo movió la cabeza con dulzura y estrechando á su esposa con dulce abrazo, depositó en su cabello un beso tan grave y solemne, que sintió llegarle la seriedad hasta el fondo de su corazón.

—Feliz aquel que puede vivir y morir teniendo á su lado una compañera semejante—dijo en voz baja.

El corazón de Clara reboseó de gratitud. Los que no suelen abusar de las palabras solemnes en la vida usual, encuentran en ellas un sentido extraordinario y profundo, cuando las circunstancias graves las ponen en sus labios. Los esposos se miraron un instante. Toda la alegría del pasado, la confianza y seguridad en lo porvenir brillaron en aquella mirada libre de todo cieno terrestre. Se estrecharon las manos con fuerza, y después salieron juntos sin pronunciar una palabra, y muy pronto sintiendo el tibio sol de los primeros días de invierno, rodaron por las avenidas del bosque de Bolonia, cuya

tierra exhalaba el acre olor de las hojas caídas de los árboles, y que inspira tantos deseos de vivir

En el momento en que gustavo Mirmont salía de la oficina, muy abrigado con su magnífico gabán de pieles, con su aspecto noble y digno, le entregaron la carta. La miró entornando los ojos. Lo mismo que don Juan se dijo: *Sento odor di femina*, pues el escrito acusaba estar trazado por mano de mujer, pero el papel no exhalaba perfume. Pues todo el mundo sabe que la carta de una mujer debe ser perfumada por algún olor persistente desagradable, enérgico, del cual el desgraciado que la recibe no puede verse libre más que desembarazándose del papel acusador. Hasta ahora es el único medio infalible que han encontrado las mujeres para hacer que su correspondencia se quemase. Mirmont abrió el pliego encontrándose con la escueta carta de Camila.

Era un hombre muy enérgico y al cual las contrariedades de la vida hacían poca mella, cuando se trataba de su interés ó de su ambición; ahora no se trataba de interés, pues Camila era pobre; pero el orgullo del funcionario pareció recibir un latigazo.

Aquella provinciana, aquella profesora de piano, se permitía rechazar rotundamente su mano, no bajo el pretexto de que su corazón pertenecía á otro, sino sencillamente para que la dejasen tranquila, para librarse para siempre de sus asiduidades. Mirmont refunfuñó algunas palabras, se metió la carta en el bolsillo interior de su gabán, lo abrochó, encendió un cigarro y se fué.

El aire seco y picante de aquel hermoso día, lejos de calmarle, le produjo una especie de fiebre, y la sangre acudió á su rostro. Con paso rápido y firme se dirigió

hacia el boulevard; encontró una cara conocida y le saludó quitándose el sombrero, mas no hubiera podido decir cómo se llamaba. Dos ó tres veces se detuvo porque le hablaban; un amigo le preguntó si se encontraba bien, otro le aconsejó que se cuidase, pues trabajaba mucho... Mirmont les dió las gracias por su interés y continuó su paseo hacia la Magdalena.

Tal vez nunca había sentido en su interior rugir semejante tempestad, y la causa de aquel despecho violento no era difícil hallarla. Mirmont no presumía de rigo-rista y los sentimientos que desde un principio le inspiró Camila, nada tenían de celoso respeto por la joven á la que se quiere hacer nuestra esposa. Cuando comprendió que la señorita Frogé no le pertenecería más que con la condición de ser la señora Mirmont, se entabló la lucha ante su amor, su orgullo y su ambición, por una parte, y por la otra pensó que si su amor era vencido lo estaba con el auxilio de un solisma ingenioso; había tratado de poner de acuerdo con su ambición, la gracia y la belleza de Camila, que le permitiría reinar sobre los que le rodeaban. ¡Todo esto había sido nulo! ¡El grande y poderoso esfuerzo que hizo al ofrecer su mano y brillante posición á una joven pobre y obscura no había sido mas que una estocada en el agua! Gustavo se veía en ridículo y no podía aceptar aquella situación humillante. Después que hubo meditado acabó por decirse que la partida no se había perdido por completo. Camila le había rechazado con energía, de una manera categórica; pero en el fondo las cosas continuaban siendo las mismas, no se casaba con otro, puesto que amaba á uno que era casado; un día ú otro para terminar con su penosa

existencia acabaría por casarse con el primer adventizo. ¿Por qué no podía ser con él? Todo estaba en llegar á tiempo.

Pero Mirmont no estaba de humor para continuar mucho tiempo en aquel estado, le gustaba hacer las cosas con rapidez y además su situación respecto á la joven no era de las que se pueden sostener indefinidamente; hacía falta vencer en seguida, aunque fuera por un golpe de mano, pero ¿cómo?

Haciéndose estas reflexiones Mirmont llegó hasta los Campos Elíseos, deteniéndose maquinalmente, para ver desfilar los carruajes. En un prosaico coche de alquiler, arrastrado por dos caballos vulgares, vió la radiante figura de la señora Brécart, y á su lado muy abrigado á su rival Pablo Brécart, que dejaba que le pasearan con esa apática y feliz indiferencia de los convalecientes y los niños. Regresaban de su paseo, saturados en parte por el aire picante de los primeros fríos, y con un vivo sentimiento de alegría y de nueva vida que estrechaba más sus corazones. No veían á nadie, dejaban vagar sus ojos por el hormiguero de la multitud.

Mirmont sintió como si una conmoción eléctrica sacudiese su cuerpo.

—¡He aquí un mediol—se dijo como alumbrado por una inspiración repentina.—Desde mañana me pondré en campaña.

Desde aquel instante se quedó libre de todas sus tribulaciones, pues ya no dudaba en la victoria. Gustavo regresó á París caminando con aire de triunfo.

Llegó la noche, el gas brillaba por todas partes; para entrar en calor, los transeuntes caminaban de prisa;

de todas las chimeneas se veía brotar el humo á torbellinos. Las mujeres encendían las estufas en espera del esposo que salía del despacho ó para los niños que regresaba de la escuela. En los barrios pobres del Marais, á lo largo de los muelles, bordeados de casas altas, viejas y feas, que pronto caerían á tierra, se sentía el olor de la próxima comida, olor de estofados hechos en los restaurants insignificantes ó en las tabernas. Al extremo de aquel muelle, situado como un límite, que decía: ¡no hay que ir más lejos! estaba el hotel de la Trémouille, sombrío y mudo, guardando la entrada de una calle triste, en la que los ómnibus, que la recorrían cada cinco minutos no podían recoger ni un solo pasajero. El gran hotel miraba al Sena con sus ventanas sin vidrios y con frecuencia hasta sin maderas; en la obscuridad, sobresalía el elegante campanario que le coronaba...

Después de haberse separado de Pablo, Camila fué maquinalmente á dar sus lecciones; le era preciso distraerse haciendo alguna cosa. Había recobrado su tranquilidad y la pulsación para enseñar, con arreglo al método, la ejecución material, á tres ó cuatro jóvenes recalcitrantes, de algunos trozos de música; hecho esto, se puso á pensar con calma la escena ocurrida aquella mañana, sintiendo una especie de doloroso sopor; é incapaz de flexionar y de tomar una resolución. Evitando los lugares muy concurridos, se dirigió por la sombría calle del Petit Muse, mal empedrada, sin aceras, en donde el pie tropieza con frecuencia con las piedras del arroyo; luego, al hallarse en el ángulo del hotel, se detuvo con sorpresa.

Nunca había visto aquello; aquel sitio le parecía lú-

gubre. A su izquierda una vasta explanada desnuda, algunos árboles, una estacada que se prolongaba hacia el Sena; enfrente, la isla de San Luis, sombría y triste más aun por aquella parte que por cualquiera otra, pues el viento norte y las lluvias del invierno habían revestido las casas, de aquel lado, con un tinte más sombrío, más fúnebre que en el opuesto; el Sena corría á lo largo de una orilla pedregosa; todo estaba desierto. La débil claridad del día se iba apagando, esfumándose tras las casas de la isla, y por aquella parte todo parecía estar condenado al frío, al silencio, á la decrepitud.

El paso de los ómnibus hacía mover las maderas sin cristales del viejo Hotel, luego el ruido se extinguía á lo largo de la calle. Al cruzar el muelle, Camila se estremeció.

Estaba muy débil, se apoyó en la pared para descansar. El frío de la piedra le era familiar. ¡Cuántas veces había puesto sobre ella sus ardientes dedos durante los paseos nocturnos! Esta vez se estremeció, retiró la mano, recogió la falda de su vestido sujetándose-la atrás. Cuanto veía era triste, de una tristeza mortal; pensó que si algún desesperado quería acabar con su vida, aquel era el sitio que debía escoger para dar fin á su desesperación.

La frescura de la piedra había atravesado el pañuelo que Camila llevaba en su mano; tosió un poco, después más fuerte... No tendría necesidad de precipitar su existencia, la muerte vendría pronto ¡No saben lo que se dicen los que atribuyen á causas nerviosas la terrible tos que les desgarrá el pecho! ¡Qué importa la ausencia de todo síntoma molesto! ¡Qué importa la fuerza juvenil

y el brillo de los ojos! Se sentía morir y no necesitaba otra prueba. Y al pensar en la muerte, Camila, aun siendo desgraciada, y en medio de su desesperación sentía un inmenso amor por la vida.

Pablo se había portado mal con ella, debió haberle tenido alguna compasión, comprender que aquella joven hacía años que sufría el martirio, adivinar que su corazón le pertenecía por entero y que nada quería ocultarle.

—¡Ah, si él hubiese querido—se decía Camila— aceptar la ternura que le ofrecía, nada me hubiese sido penoso!

Si hubiese comprendido mi dolor, si me hubiera tendido una mano, creo que por gratitud hacia él casi hubiese amado á Clara! Pero tanta frialdad, tanta crueldad...

No tenía necesidad de amar á Clara, puesto que Pablo no había sido compasivo; pero le era preciso ir á visitarla, pues solamente ella podría darle noticias del joven.

La amargura de la traición acudió á sus labios, y durante un momento tuvo disgusto de sí misma; pero las personas del temple de Camila, no se dejan vencer con facilidad, y en seguida halló un pretexto que la mitigase sus escrúpulos. Era por un sentimiento de caridad por lo que iría á ver á Clara; daría á aquella mujer frívola é indiferente, los sanos y desinteresados consejos que su prudencia le sugiriese; trataría de hacer menos indigna de Pablo á la mujer que compartía su vida; este era aún un medio de ser útil á quien amaba.

Camila siguió caminando con lentitud. Hacía rato

que habían dado las seis, pero no tenía hambre, ni prisa por regresar á casa. Desde hacía un momento, amaba la vida, y la amaba más que nunca. ¡Pues bien! aun pasaría horas agradables en el saloncito de la señora Brécart. Clara nunca había pensado en sustraerse á su influencia, excepto en algunos momentos de mal humor, fruto de un carácter poco castigado, siempre fué afectuosa y dócil para ella. Y además, ¡quién sabe si Pablo no se emocionaría al ver continuamente la ternura ideal que le profesaba, completamente inmaterial, consagrándose á su felicidad, esforzándose en perfeccionar á su esposa! En la idea de hacer á su rival más digna de amor y de respeto, Camila veía una grandeza melancólica, que casi la consoló de su dolor.

En su casa, los esposos Frogé esperaban el regreso de la joven. El comedor bien cerrado, con su lámpara de cobre muy brillante, tenía su alegre aspecto habitual, los jilgueros dormían profundamente. En la estufa ardía un buen fuego, una estufa de hornillo, pintada de verde con tapa de mármol negro, como eran antes. Sobre el mármol, en una servilleta se recalentaban las castañas; las primeras de la temporada; una sorpresa que Sebastián había traído para Isabel, y que ésta acogió con júbilo; pero las castañas amenazaban enfriarse por completo y la alegría se extinguió; Camila, desde que estaba con ellos, nunca se había hecho esperar tanto. Con más ó menos seriedad, siempre se presentaba á las seis, su aspecto no sería agradable ¡pero estaba allí!

—Dime—preguntó el profesor con timidez—¿es que no va á venir para comer?

Isabel hizo un ademán, y se puso á partir en cuatro un pedacito de pan que había caído en su plato.

—¿Qué quieres que te diga?—repuso viendo que el pan no se dejaba reducir á tan diminutas fracciones—voy á mandar que sirvan la sopa.

—¡No, no, espera!—dijo el buenazo de Sebastián—si nos encontrase comiendo sería un disgusto para ella. ¡Tal vez le haya ocurrido algún accidente!

—Sebastián, cuando ocurre algún accidente, nunca falta quien venga á preparar y á avisar: en todos sus abrigos le he cosido á Camila su dirección, de manera que aun cuando le robasen el portamonedas, en donde lleva las tarjetas, ya se sabría cuál era su casa... Y además, ... todo eso es culpa nuestra, la hemos permitido salir sola de día, y ella se ha tomado permiso para salir de noche, y cualquier día vendrá cuando le dé la gana.

—¡Oh, Isabel!—dijo Frogé asombrado por tanta elocuencia y espantado por tanta severidad.

—¡Sí, amigo mío; es como yo te lo digo! Camila es una extravagante! No hace nada como las personas, y todo esto ha de concluir con algo que sea desagradable. Estoy ya cansada de sus extravagancias y es necesario que se corrija.

Temblando de indignación, la señora Frogé agitó la campanilla.

—¡Traiga usted la sopa!—gritó con imperio á la vieja y sorda cocinera.

—Señora, la señorita aun no ha vuelto...

—¡Traiga usted la sopa!—gritó la señora Frogé.

Su aspecto era tan imponente que la vieja se retiró.

Un momento después se presentó con el semblante compungido.

—Señora...

—¡Una desgracia!—exclamó la señora Frogé levantándose de pronto con la servilleta en la mano; Sebastián, menos ágil, tuvo que apoyar los dedos en el borde de la mesa, para ponerse en pie.

—Sí señora, pero no es culpa mía... la sopa era de acederas y las acederas no permiten que se las recaliente... se ha puesto mala, ¡estropeada por completo, no es más que agual! ¿Qué es lo que hay que hacer?

La señora Frogé se volvió á sentar; Sebastián hizo lo mismo, quitando sus manos de la mesa.

—¡Nos pasaremos sin sopa!—dijo Isabel, alegre de ver que era tan poco el percance ocurrido.

—¡Comer sin sopa, Dios mío!—gimió la cocinera.—Si usted quiere haré en seguida una sopa de ajo...

—¡No hay sopa, traiga usted el asado!—dijo la señora Frogé.

Con la muerte en el alma volvió la cocinera á su puesto.

—Isabel; me parece que podría hacerse una sopa de ajo, no se tardaría mucho—observó Sebastián con timidez.

—Yo también lo quisiera—repuso su esposa con dulzura—pero si durante este tiempo ella vuelve, creerá que nos molesta poco el esperarla.

Sebastián no contestó, presentaron el asado. En el momento en que la señora Frogé metía el trinchante en la carne, sonó la campanilla; poco después Camila entró en el comedor.

—¿Están ustedes en la mesa?— dijo con voz fatigadora.

—¡A la hora que es!—repuso Isabel sin apartar los ojos del tenedor y del trinchante.

—¿Es muy tarde?—dijo Camila con indiferencia.

Sebastián la miró fijándose en su palidez, una ligeros provocada por el calor de la habitación agitó el pecho de la joven: volvió la espalda para dejar el abrigo y en aquel instante Sebastián guiñó el ojo á su esposa. Esta, celosa de su dignidad, dirigió á Camila una rápida mirada y el cuchillo tembló en su mano.

—¿De dónde vienes?—le dijo con menos severidad?

—He dado mis lecciones—repuso la joven con distracción.

—¿Tan tarde?

—Me he entretenido en mirar correr el agua—repuso con la voz adormecida que le producía el indecible enojo que aquella casa le inspiraba, á pesar de ser tan dulce y hospitalaria para ella.

Los esposos cambiaron una nueva mirada é Isabel puso á Camila su plato ya servido.

—¡Dios mío!—pensó Sebastián—ni siquiera ha notado la falta de la sopa. ¿Que le pasará?

Camila se puso á comer despacio, no se dió cuenta de la falta de la sopa. ¡Qué le importaba un plato más ó menos! ¡El viejo Frogé sintió enternecerse su corazón!

—Tienes frío, ¿no es verdad?—le dijo con dulzura.

—¿Has tosido al venir?—preguntó Isabel.

—Sí, tía.

Camila recordó el sombrío lugar del muelle, las luces reflejándose en el agua gris terrosa; la idea del de-

sesperado que iría allí á acabar su dolorosa vida acudió otra vez con fuerza á su imaginación y se estremeció.

—¿Estás enferma?—preguntó la señora Frogé con interés.

—Lo estoy siempre.

Aquella contestación seca, ofendió los afectuosos sentimientos de la buena señora.

—Esta no es una razón para que nos hagas esperar á la hora de comer—dijo con ligero acento de disgusto.—Esto mortifica al estómago y tu tío no está para soportar semejantes cambios en sus costumbres. Hoy, gracias á tu paseo, nos hemos quedado sin sopa...

—¿Por qué, tía?—preguntó Camila con un asombro muy natural.

—Porque se ha echado á perder. La sopa de acederas no admite que la recalienten.

Camila pensó que era muy sensible que la sopa de acederas fuese tan delicada; pero, felizmente para ella, guardó el secreto de aquella observación. Su silencio calmó un poco á Isabel, que acabó por recobrar su serenidad. Terminada la comida, la señora Frogé anunció que haría un poco de te, tanto para obsequiar á Sebastián, que era muy goloso, como para que Camila se calentase, pues no parecía haber recobrado su equilibrio.

—Muy bien, Isabel, el te reemplazará á la sopa—exclamó Sebastián con alegría oyendo dar la orden,—solamente que en vez de tomarlo al principio de la comida lo haremos al final.

El buen viejo estaba tan contento, que al pasar por el lado de Camila fué á darle un cariñoso golpecito, pe-

ro se detuvo pensando que después de lo ocurrido convenía mantenerse serio. Se quitó el mantel apareciendo una bandeja con tres hermosas tazas blancas con filete dorado, de porcelana de Sévres, marcadas con la cifra de Luis-Felipe.—Aquel servicio era para Sebastián una prueba de valor cívico; después de las jornadas de 1848, se lo compró á un revendedor á quien se lo había cedido un espíritu timorato, para deshacerse de aquella prueba comprometedora. Sebastián erguía la cabeza cuando hablaba de esto.

¡Aun humeaban las barricadas!—decía al terminar su relato.

La señora Frogé, á la vez que hacía los preparativos para servirle, no pensaba más que en una cosa; ¿por qué Camila tenía á la vez aquel aspecto indiferente y altivo? ¿Debía pasarle algo extraordinario! Pero ¿cómo saberlo? Una idea le asaltó, era muy elemental pero no dejaba de ser luminosa; además ¿las ideas luminosas dejan de ser elementales?

—¿No ha venido nadie hoy?—preguntó á la cocinera en el momento en que traía el agua caliente.

—¿Qué dice?—preguntó la sorda poniendo la mano á manera de trompetilla, pues la señora Frogé había hablado bajo de expreso.

—El señor Mirmont vino esta mañana cuando ustedes estaban fuera—repuso Camila no sin disgusto, pero impulsada por el sentimiento del deber.

Aquella joven extraña, que acallaba su conciencia con malos argumentos, no quería mentir, ni aun disimular.

—¡Mirmont! ¡Esta mañana! ¡Es imposible!—exclama-

ron los esposos. Sebastián añadió:—A esa hora debía estar en su oficina.

—Pues no estaba, yo os lo aseguro—repuso Camila que no pudo evitar una sonrisa ante la observación de su tío.

—¿Qué es lo que quería?—preguntó la señora Frogé.

—Pedirme por esposa—replicó la joven otra vez de mal humor pensando en los reproches que iba á oír.

—¿Y bien?

Los dos esposos retuvieron el aliento después de hacer esta pregunta; pero la señora Frogé alimentó pocas ilusiones, pues su sobrina no tenía cara de quererse casar con Gustavo Mirmont.

—Me he negado—repuso Camila con sequedad.

Por prevista que estuviese la contestación, el golpe fué rudo. Y los esposos se desconcertaron hasta el punto de que Isabel se olvidó de tapar la tetera.

—¡Le has rechazado, Camila, has rechazado á semejante hombre!

—Sí, tía; con mucho sentimiento mío; pero no le amo. Tape usted la tetera, pues el te no valdría nada.

Maquinalmente Isabel obedeció á su sobrina y añadió:

—¡Rechazar á semejante hombre! ¡Pero, Camila, tú has perdido la cabeza!

—Verdaderamente, así será, pero ¿qué quiere usted que yo le haga?—repuso la joven.—Me duele mucho la cabeza, me voy á acostar.

—Aun no, Camila, espera un poco—agregó Sebastián.

El buen hombre, impulsado por la autoridad pater-

nal, creció de repente; había hablado en un tono tan poco en armonía con su bondad acostumbrada, que su sobrina le miró con sorpresa.

—Camila, nosotros te hemos dejado en completa libertad, tal vez haya sido demasiada, y empiezo á vencerme de ello; pero no es una razón para tratar á la ligera una cosa tan seria como es tu porvenir. A la muerte de tu padre, nosotros te hemos llamado á nuestro lado, asumiendo así toda la responsabilidad paternal, hemos tratado de establecerte. El señor Mirmont es un partido mucho mejor del que podíamos esperar, no tiene ninguna tacha, nada hay en él que pueda ser motivo de repugnancia: tú eres completamente libre de rechazar su mano, pero al menos debes decirnos en qué causas apoyas tu resolución.

Camila sintió por su tío un nuevo respeto, nacido espontáneamente por el tono que con ella empleó; así es que le repuso con verdadera deferencia:

—Tío, el amor no se compra. Yo no amo al señor Mirmont.

—Esto no basta, Camila—insistió la señora Frogé;—la estimación y la amistad pueden con frecuencia reemplazar al amor.

La joven sintió deseos de explicar la verdadera causa de su negativa; pero confesando que amaba á otro ¿se libraría de las enojosas preguntas? Reflexionó y se dijo que aquello sería la señal de una nueva persecución, decidiéndose por guardar silencio.

—Tú nos ocultas algo—añadió Sebastián con gravedad;—hasta aquí hemos respetado tu secreto, pero ahora tenemos el derecho de conocerlo, puesto que compromete tu porvenir.

—Tío, yo no tengo ningún secreto que comprometa mi porvenir, se lo juro; si he rechazado al señor Mirmont, no es que desee casarme con otro, me parece que esto le será á usted bastante; añadiré que si pensase casarme, no tendría ningún motivo para rechazar la mano de su amigo de usted.

Esta ambigua contestación pilló desprevenidos á los dos viejos, que se miraron no sabiendo qué contestar. Sin embargo, la señora Frogé, más hábil, aun insistió.

—Camila, tú te aburres con nosotros, esto es claro como el día; ¿por qué no aceptas un esposo que te daría una posición brillante en la sociedad y que te procuraría mil satisfacciones de lujo y de amor propio que nosotros no te podemos dar?

—Tía, yo nunca me casaré por ambición—repuso la joven.—Y si quiere usted darme una taza de te, la aceptaré con gusto.

La tía le dió la taza pedida, pero la alegría y la confianza no volvieron á renacer en la mesa. Los esposos adivinaban que no eran nada para su sobrina, y que ésta les aceptaba por necesidad.

Al decir necesidad, no queremos afirmar que Camila no sintiese algún afecto por aquellos viejos, tan buenos y tan cariñosos; pues hay necesidades que también se concluye por amarlas; se siente una especie de afección por los objetos de que uno se sirve todos los días, por la vivienda, por los muebles, especialmente por los libros; de esta clase era el cariño que ligaba á Camila con sus tíos, y algunas veces les hallaba muy insoportables.

Algunos instantes después, la joven se retiró. En el momento en que se acercaba para dar las buenas no-

ches á su tío, Sebastián, aprovechando la ocasión de que su esposa retiraba el famoso servicio, al abrazar á su sobrina, le dijo al oído:

—Sobre todo no vengas tarde, eso hace sufrir mucho á tu tía.

La joven se sonrió y se fué; apenas había llegado á la puerta de su gabinete cuando Isabel la llamó.

—Oye, Camila—le dijo cogiéndola por una mano—¡te suplico que no nos des más inquietudes! Tú no puedes figurarte el daño que esto hace á tu tío!

—Esté usted tranquila.

Isabel regresó al lado de su esposo con el corazón oprimido, y al contemplarle adivinó que él también sufría.

—¡Si siquiera nos hubiese dicho que nos amaba, que estaba bien á nuestro lado!—exclamó Sebastián.

—Camila no miente nunca—repuso la señora Frogé con amargura,—¿por qué ha de decir lo que no piensa?

Suspiraron juntos; cuando se ama se es menos desgraciado.

—¿Sabes que empiezo á creer que Camila no es tan perfecta como creemos?—dijo Sebastián después de un momento de reflexión.

—¡Pobre niña!—repuso su mujer con el corazón rebotante de tristeza.

XII

La señora Brécart hallábase en su saloncito sentada cerca de un fuego agradable, uno de esos fuegos de leña que duran toda una tarde sin necesidad de que se les toque y que inspiran agradables pensamientos. Pablo había vuelto á cumplir sus obligaciones; antes de salir ella le abrigó bien, y desde la ventana seguía con los ojos el coche en que iba, pues no quiso que saliera á pie; después, viendo á su Félix dedicado á hacer edificios con pedazos de madera, bajo la vigilancia de la criada, que antes lo había sido de su madre, fué á sentarse la señora Brécart á instalarse al lado del fuego, con el fin de terminar un tapiz empezado hacía mucho tiempo y que pensaba colocar en el gabinete de su esposo.

A la vez que trabajaba Clara se puso á meditar. La imagen de Camila, después de haber vagado ante sus ojos, vino á detenerse entre ella y su trabajo.

Camila no era buena. Esta idea, que la joven había rechazado cien veces, le acusaba sin cesar, y ahora Clara no podía desecharla como antes, por el recuerdo de las buenas obras de su amiga. Camila había representado en su casa el papel de un genio malo; con ella entraron en aquel dulce nido, donde la felicidad tendía sus